

EDITORIAL

¿TIENE SOLUCION EL SALVADOR CON EL PRESIDENTE DUARTE?

Durante la campaña presidencial el candidato triunfador y su partido repetían que con Duarte El Salvador sí tiene solución. Esto significaba, al menos, dos cosas: que la instauración por primera vez en más de cincuenta años de un gobierno elegido sin fraude por el pueblo ofrecía condiciones sustancialmente nuevas para realizar lo que hasta ahora no se ha podido hacer y, en segundo lugar, que el programa del Partido Demócrata Cristiano (PDC) y la capacidad política de su candidato eran suficientes para traer la solución al país.

Al comenzar el 1 de junio una presidencia que se supone durará cinco años hay que preguntarse si esta promesa podrá cumplirse. ¿Podrá Duarte traer la solución a El Salvador en los cinco años de presidencia? El que la respuesta sea afirmativa o negativa es de transcendencia decisiva para el futuro político del país, para la estructura de su régimen político. Porque, ¿qué hacer si fracasa un régimen que se presenta con las características de una democracia occidental? Está en juego, por tanto, no sólo el presente social sino también el futuro político.

Para responder con ponderación a esta pregunta han de proponerse una serie de cuestiones con las cuales medir el alcance de la promesa y sus posibilidades de cumplimiento. Las iremos proponiendo punto por punto.

1. Magnitud de la crisis y del desafío que presenta la situación actual

Cinco desafíos principales tiene hoy el país como expresión del estado de crisis profunda en que se debate. Aunque son conocidos, es conveniente tenerlos presentes para captar su gravedad y su dificultad. Están conectados entre sí lo cual agrava la dificultad pues no es posible separar la solución de uno de la de los otros.

1.1. El desafío político-militar es coyunturalmente el más grave y el que expresa con mayor fuerza la gravedad de la crisis. Hay un enfrentamiento nacional entre dos modos distintos de concebir la sociedad y la conducción política del Estado, que según algunos es la manifestación suprema de la lucha de clases que aflige secularmente al país. Ese enfrentamiento ha tomado la forma de guerra civil desde enero de 1981 y desde entonces se ha convertido en el elemento más determinante de la situación nacional.

Pues bien tras tres años y medio de intensa guerra civil, que ya ha causado directa o indirectamente más de cincuenta mil muertos, cientos y aun miles de millones de colones en destrucción o en abandono de la producción, no sólo no se ve su fin, sino que, al contrario, se ve su intensificación y endurecimiento. Esto se refleja por parte y parte de los bandos contendientes.

Por parte del gobierno se aprecia el esfuerzo permanente por aumentar el poderío militar y en multiplicar las acciones bélicas. El presupuesto de defensa aumenta año tras año, cuando los demás ministerios, incluido el de educación, tienen que disminuir por lo general sus presupuestos; el número de hombres armados y, consecuentemente de oficiales, ha aumentado a lo largo de estos cuatro años quizá en una proporción superior al 300 por ciento. Por su parte Estados Unidos no cesa de programar aumentos constantes en la ayuda militar a El Salvador, lo cual se refleja en los presupuestos de ayuda militar, en la sofisticación de los medios de combate, en el entrenamiento de soldados y oficiales, en la asesoría militar.

También es innegable el aumento del poderío militar por parte del FMLN. En estos últimos cuatro años ha crecido su ejército tal vez en un 600 por ciento y se ha perfeccionado su arsenal militar, su capacidad logística, su efectividad militar, su coordinación. Se ha desarrollado incesantemente su capacidad de golpear al enemigo pues si en 1981 podía atacar a pequeños grupos militares de 10 ó 15 hombres, en 1982 podía atacar ya a compañías de cien hombres para pasar en 1983 y 1984 a grupos mayores como en el caso de las instalaciones de El Paraíso y del Cerrón Grande donde las fuerzas vencidas se aproximaban a los 500 hombres. Por otro lado, se ha extendido su control sobre las zonas del país operando constantemente al menos en una cuarta parte del territorio nacional. Su capacidad de sabotaje sobre las comunicaciones, la energía eléctrica y los centros productivos es cada vez mayor. Y no se ha visto efectividad en frenar la acumulación de armas y municiones, a pesar de todo el empeño que han puesto en ello Estados Unidos y la Fuerza Armada.

Fortalecidas ambas partes no es previsible un pronto final de la guerra por la vía militar. El desafío es gravísimo no sólo por la guerra misma, sino por el enfrentamiento de todo tipo en que se encuentran las partes.

1.2. El desafío económico. *Aunque no tan dramático como el anterior, afectó a una mayor parte de la población de forma directa y presenta dificultades que parecerían insuperables.*

Para comprender su gravedad basta con recordar que ya en los setenta, a pesar del desarrollo económico que se había dado desde los sesenta, la situación económica era tan mala que dio lugar al estallido revolucionario. Como acaba de recordar el actual ministro de economía en 1978 al PTB per cápita no llegaba a 350 dólares, el cual era el más bajo de Centroamérica con excepción de Honduras. A partir de 1978 el deterioro es creciente con variaciones negativas del 1.7 por ciento en 1979; 8.7 por ciento en 1980; 8.3 por ciento en 1981; 5.6 por ciento en 1982 y 0.5 por ciento en 1983. Lo cual se refleja también en el consumo nacional anual per cápita que en 1978 era de 790 colones mientras que en 1982 era tan sólo de 546, que si no ha seguido en un decremento tan acelerado se debe a la salida del país de más de medio millón de salvadoreños. La balanza comercial en 1978 tenía un signo negativo de 790 millones de colones, en 1982 de 447 y se espera para 1984 un déficit de 412 millones. Por otra parte, el déficit fiscal estimado para este año es de 600 millones de colones. (cfr. La Prensa Gráfica, 12 de julio, 1984, 35-36).

Si juntamos a estos negros datos, la huida masiva de capitales al extranjero, la destrucción de la infraestructura económica, los desvíos de recursos hacia la economía de guerra, las crecientes necesidades de la población, es fácil de estimar la dificultad enorme del desafío económico. Para volver a los niveles de 1978, ya de por sí muy insuficientes, se necesitaría terminar antes con la guerra y después conseguir unas inversiones y unos planes efectivos de desarrollo, cuya factibilidad es, por decir poco, muy improbable en las actuales y previsibles circunstancias. Por ejemplo, el Informe Kissinger, indica la enorme cantidad de inversión y reestructuración que se requiere para lograr esa tarea de alcanzar niveles pasados, que eran del todo insatisfactorios y causantes de un enorme desasosiego social. Esos niveles pasados tan insuficientes es probable que no se alcancen antes del año 2.000, si no se pone ya fin a la guerra.



Duarte no ha mostrado todavía cuáles son las propuestas concretas y operativas que tiene para resolver los más graves problemas de El Salvador. Pareciera que su partido ha estado más ocupado en conseguir el poder que en estudiar estrategias y tácticas para resolver los problemas desde el poder.

1.3. El desafío social *está estrechamente relacionado con los desafíos anteriores. Tanto los efectos de la guerra como los efectos del deterioro económico sobre la población son masivos y severos.*

Los efectos sobre la población del deterioro económico son cada vez más apremiantes y son obvios desde el momento en que la inversión ha sufrido cortes tan drásticos. El poder adquisitivo de los salarios frente al fenómeno de la inflación hace que, sobre todo los sectores populares, estén ganando sueldos reales cada vez menores. Peor aún es el caso del desempleo ya que la población activa habitualmente ocupada de modo pleno no alcanza el 50 por ciento, estando por tanto más de la mitad de esa población inactiva, únicamente aliviada por trabajos eventuales. Esto hace que los niveles de educación y de salud estén bajando aceleradamente, originando un pasivo social que será muy difícil de recuperar.

Igualmente trágicos o aún más trágicos son los efectos de la guerra sobre la población civil. Están, ante todo, las muertes no sólo de combatientes sino de la población civil, que en estos últimos tres años alcanzan la cifra de cinco mil por año; están asimismo los emigrados, desplazados y refugiados que sobrepasan la cifra del millón, esto es, más de la quinta parte de la población, obligada a vivir no sólo en condiciones anormales, sino en muchos casos inhumanas.

Los efectos de la guerra y de la crisis económica son también nefastos para la estructura social. Todo el aparato de la estructura social se va deteriorando por falta de inversión adecuada: el sistema educativo, el sistema sanitario, el sistema de inversiones públicas en servicios sociales, etc., no sólo no mejoran, sino que ni siquiera se mantienen; están, al contrario, en franco deterioro. Lo poco que se hace no equilibra lo mucho que se descompone y aun se destruye. Aunque el sabotaje, por un lado, y los bombardeos, por otro, van más dirigidos a objetivos económicos y estratégicos, no hay duda que tienen también un gran impacto sobre casas, cultivos, medios de transporte, conservación de alimentos, etc.

1.4. El desafío de la democratización *que ha sido uno de los problemas político-sociales más graves del país en circunstancias pasadas sigue presentando dificultades serias por la presión de los otros desafíos. Se han dado pasos importantes en algunos aspectos de la democratización, sobre todo en lo que toca a la institucionalidad democrática del poder ejecutivo, legislativo y judicial. Ha habido claros avances, sobre todo, en lo que toca a los*

Al desafío político-militar responde con una propuesta político-militar que es fundamentalmente la misma que tiene la administración Reagan y en la cual el acento verbal se pone en lo político, pero el acento real se pone en lo militar

procesos electorales, radicalmente viciados hasta ahora incluso en su forma. No parece que habrá dificultades mayores en continuar este avance en las próximas elecciones.

Pero hay otro sentido más profundo y urgente en la democratización para que ésta sea de veras real. Está, ante todo, el respeto a los derechos humanos fundamentales, en lo que ha habido mejoras, pero que todavía esta lejos de alcanzarse y de asegurarse tanto por la herencia recibida como por necesidades coyunturales. La posible suspensión de decretos coactivos de la acción política no violenta, que pesan sobre la ciudadanía desde la anterior estancia de Duarte en el poder, trae consigo riesgos que no son fáciles de tolerar por el actual gobierno; igualmente la plena apertura política y aun sindical será difícil de alcanzar. El saneamiento suficiente de los cuerpos de seguridad implica dificultades serias, dado lo extendido y profundo del mal. Lo mismo puede decirse del poder judicial en su capacidad de cortar abusos, exigir responsabilidades y condenar las actividades y la existencia de los escuadrones de la muerte. Finalmente, la conducción de la guerra tendrá problemas a la hora de cumplir con los convenios mundiales en lo que toca al trato de prisioneros y al respeto a la población civil.

1.5. El desafío geo-político surgido de la posición estratégica de El Salvador respecto de los intereses norteamericanos y de la conflictividad de toda el área centroamericana limita severamente la soberanía nacional y disminuye la capacidad de acción autónoma del gobierno.

El problema de El Salvador no puede segregarse del problema general de Centroamérica. Lo que ocurre, especialmente en Nicaragua, Honduras y Guatemala, refluye necesariamente sobre El Salvador, a la vez que lo ocurrido en El Salvador refluye sobre los otros países e incluso llega a afectar a Costa Rica y Panamá. Los problemas propios de cada país se entrecruzan con los de los otros y todos ellos se enmarcan en el enfrentamiento este-oeste, sobre todo porque han sido colocados en esa perspectiva por Estados Unidos, que hace sentir su presencia de modo imperativo y determinante. En el caso de Honduras y El Salvador las respectivas soberanías nacionales han sido considerablemente enajenadas en función de la ayuda pedida y/o ofrecida por Estados Unidos, so pretexto de que sin esa ayuda ambas naciones caerían en manos de la subversión. En el otro extremo el fortalecimiento político y militar del sandinismo en Nicaragua, que mantiene muy estrecha colaboración con Cuba de la que recibe importante ayuda y que apoyaría a los movimientos revolucionarios de los otros países, si le fuera posible, complica más la situación y no permite buscar soluciones separadas, como si de

islas inconexas se tratara.

El mero enunciado de estos cinco desafíos muestra la enorme gravedad de la situación a la que se enfrenta el gobierno del presidente Duarte. ¿Qué propone este gobierno para hacerles frente?

2. La propuesta del gobierno de Duarte frente al problema nacional

Puede decirse que Duarte no ha mostrado todavía cuáles son las propuestas concretas y operativas que tiene para resolver los más graves problemas de El Salvador. Pareciera que su partido ha estado más ocupado en conseguir el poder durante los dos años anteriores que en estudiar estrategias y tácticas para desde el poder empezar a resolver los problemas nacionales. Sin embargo, de diversos documentos actuales puede deducirse al menos la orientación política que va a seguir su gobierno.

2.1. Al desafío político-militar responde con una propuesta político-militar, que es fundamentalmente la misma que tiene la administración Reagan y en la que el acento verbal se pone en lo político, pero el acento real se pone en lo militar.

El diagnóstico del conflicto armado es semejante al de Reagan: "con la ayuda de gobiernos marxistas como Nicaragua, Cuba y la Unión Soviética, se ha entrenado y armado un ejército que ha invadido nuestra patria y sus acciones son dirigidas desde el exterior" (Mensaje en la toma de posesión, 1 de junio). En ulteriores declaraciones se ha atrevido a decir que es mayor la ayuda militar que el FMLN ha recibido de los países socialistas que la que la Fuerza Armada ha recibido de Estados Unidos. Su ministro de relaciones exteriores repite también la misma idea quejándose de la gran ayuda militar que el FMLN recibe de Nicaragua. Ciertamente Duarte ha aceptado siempre que las causas últimas del conflicto están en la injusticia secular del país, en la represión y en la falta de democracia; pero en la práctica reduce la guerra actual al apoyo que recibe desde fuera el FMLN.

Congruentemente con este diagnóstico el remedio que propone es también el mismo que propone la administración Reagan. El remedio principal al conflicto estaría, ante todo, en el perfeccionamiento de la Fuerza Armada y de su capacidad de lucha que permitiera aplastar el poderío militar del FMLN o disminuirlo en tal forma que fuera obligado a entrar en el juego electoral. Conjuntamente con Reagan ve Duarte la "necesidad de lograr un nivel más alto de asistencia por parte de Estados Unidos para sostener la paz y defendernos contra las guerrillas de la extrema izquierda apoyadas por el comunismo y contra la violencia de la extrema derecha" (Comunicado conjunto 21 de mayo). "La asistencia militar y la existencia de una fuerza mili-

tar nacional fuerte y bien pertrechada es esencial para proteger el desarrollo democrático” (ib.). De hecho en su viaje a Estados Unidos, anterior a la toma de la presidencia, instó al Congreso a que diera toda la ayuda militar que el Pentágono había estimado como necesaria para contener y después derrotar al FMLN.

Junto a este remedio principal está el debilitar el apoyo popular a la guerrilla mediante varias medidas reformistas y aperturistas, pero sobre todo el de ofrecer el camino de las elecciones para la reconciliación nacional, en lo cual coincide asimismo de modo total con la política de Reagan: “ambos presidentes comparten la opinión de que el conflicto armado en El Salvador tiene que resolverse mediante una reconciliación nacional basada en la plena integración de todo su pueblo en los procesos políticos de la nación” (ib), pero entendiendo que el proceso político por antonomasia es el proceso electoral. Este proceso no sólo legitima al gobierno, sino que además le posibilita democráticamente a pedir toda la ayuda militar necesaria para mantenerse en el poder.

Respecto del diálogo con el FMLN-FDR como vía de solución al conflicto militar no propone ninguna alternativa realista. Habla de que sólo cuando el FDR se haga obedecer por el FMLN y cuando el FMLN deponga las armas se podrá llegar a un diálogo que, además, no versaría sobre cuotas de poder, sino sobre vías para introducir a sus oponentes en el proceso electoral. Al menos en público puede decirse que Duarte está aquí también en la posición de Reagan y, por tanto, en una posición que no se diferencia mucho de la de ARENA y de D’Aubuisson sobre este punto. De posibles inmediatas negociaciones como medio para terminar pronto con la guerra ni siquiera se habla.

2.2. Al desafío económico no se ofrecen soluciones concretas, sino más bien directrices generales.

Se buscará la armonización de los sectores público y privado, patronal y laboral, así como el clima de confianza y seguridad para el desarrollo de las actividades de la iniciativa privada y la atracción de inversiones nacionales y extranjeras (Pacto interpartidario, 11 de mayo). Se seguirá con el fortalecimiento cuantitativo y cualitativo de los cambios necesarios e impostergables, lo cual supone el fortalecimiento de las reformas iniciadas. Fortalecimiento también de los mecanismos empresariales procurando buscar un sector privado fuerte con oportunidades para pequeños, medianos y grandes empresarios. Se pone especial énfasis en el robustecimiento del movimiento cooperativo nacional.

El ministro de economía, por su parte, concretizó algo más estas políticas generales. Ante todo, medidas de apoyo a la producción y exportación agrícola tradicional: café, algodón, azúcar y ahora camarón; en segundo lugar, un gran impulso a exportaciones no tradicionales; en tercer lugar, revivir e incremen-



El diagnóstico sobre los problemas del país es malo porque está hecho desde una perspectiva norteamericana y no desde una perspectiva salvadoreña. No tiene nada de propio ni siquiera alcanza aquella independencia sin la cual no se puede lograr una solución justa.

tar la participación comercial en el Mercado Común Centroamericano. Como mecanismos se apela al 'mercado paralelo' que "nos proporciona un instrumento de gran valor en la reactivación económica mediante el estímulo a la producción y el desincentivo al consumo de poca necesidad" (I.c.). Otro mecanismo es una política crediticia de financiamiento y refinanciamiento de las actividades productivas, así como la fijación de precios remunerativos a los productos nacionales de exportación mediante mecanismos distintos del cambiario, referido esto al café que no pasará al mercado paralelo. Se propone austeridad en el gasto público con la meta de una reducción del 10 por ciento. Habrá también un nuevo arancel de importaciones respecto del Mercado Común como un instrumento de desarrollo, pero también fiscal. Se buscará cómo devolver a la empresa privada las empresas industriales de las que tuvo que hacerse cargo el INSAFI. Finalmente, se espera que la ayuda externa en 1984 alcance los 950 millones de colones.

2.3. Al desafío social se pretende responder, sobre todo, con el pacto social. El pacto social "es el fundamento esencial de nuestro plan de gobierno" (Mensaje). Supone la participación solidaria de todos los sectores de la sociedad salvadoreña de modo que empresarios y obreros, terratenientes y campesinos, extrema izquierda y extrema derecha, contribuyan sin violencia y mediante arreglos pacíficos al mejor servicio de los intereses nacionales. Se trata de buscar los puntos comunes y llegar a un acuerdo nacional en torno a ellos.

2.4. Al desafío de la democratización responde Duarte, ante todo, con el intento de fortalecer las instituciones democráticas. Se trata fundamentalmente de respetar la voluntad popular expresada en la Constitución Política, aprobada el 20 de diciembre de 1983 y en las elecciones del 25 de marzo y el 6 de mayo de 1984; Constitución y procesos electorales junto con el Estado de derecho serán las bases de la democratización (Pacto interpartidario). Se pretende asimismo fortalecer la democracia y rechazar el totalitarismo. "Ambos presidentes proclaman que la democracia, justicia y los principios del derecho exigen la participación y consagración de todos los sectores de la vida política y económica de la nación. Los principios del derecho requieren que todos sean protegidos contra la violencia y los actos criminales. Requieren una confianza absoluta de que el proceso jurídico castigará al culpable... Ambos presidentes reafirman su consagración al fomento de los derechos humanos que son centrales para el proceso democrático y nuestras libertades..." (Comunicado conjunto). Sabedor Duarte de los abusos que se cometen afirma "es por ello que voy a luchar abierta e incansablemente para controlar los abusos de autoridad y la violencia de las extremas, de los escuadrones de la muerte y todos los problemas de injusticia y prepotencia que se manifiesten" (Mensajes). También promete fortalecer el poder judicial y erradicar enérgicamente la corrupción principalmente en la administración pública y en la aplicación de la justicia.

2.5. Al desafío geo-político trata de responder con una alianza cada vez más firme con Estados Unidos: "los pueblos de ambas naciones contemplan los próximos cinco años de gobierno electo en El Salvador como un período de consolidación de nuestras relaciones bilaterales en un espíritu de profunda amistad como vecinos cercanos en nuestro hemisferio" (Comunicado). "Respetaremos los principios fundamentales del derecho internacional que rigen las relaciones entre los pueblos civilizados, propiciando una política exterior de absoluta independencia y la apertura de relaciones diplomáticas y comerciales con todos los países del mundo, siempre y cuando favorezcan a nuestros intereses, respeten nuestros principios y coadyuven a salvaguardar nuestra independencia en todos los niveles" (Mensaje).

La exclusión de Nicaragua en las visitas que hizo Duarte a Centroamérica antes de la toma de posesión, el no haber invitado a Nicaragua a su investidura y las palabras que en su discurso dirigió contra esta nación, muestran lo que puede ser la política centroamericana del nuevo gobierno. Sin embargo, afirmó que "en el plano regional contamos... con toda la solvencia moral para favorecer y brindar nuestro apoyo a los esfuerzos del Grupo de Contadora para encontrar una solución política, que permita alcanzar niveles de distensión..." (Mensaje). "Agradecen de forma singular los esfuerzos por lograr una paz regional que

El gobierno de Duarte se ha presentado sin un plan económico mínimamente estructurado para responder a las necesidades del país. Los esquemas apuntados hasta ahora no dejan de ser apuntes muy generales del todo insuficientes.

se desprenden del proceso de Contadora y reafirman su plena consagración a los principios del documento de objetivos de Contadora" (Comunicado).

Se propone, pues, una línea de pleno alineamiento con Estados Unidos y con aquellos países centroamericanos que se declaran igualmente alineados. Se reclama eso sí la propia soberanía y autodeterminación, pero se supondría que en el libre ejercicio de las mismas ya se ha optado por enmarcar el problema salvadoreño en la pugna este-oeste, totalitarismo-democracia, poniéndose claramente al lado norteamericano sin intento alguno de salirse de ese enfrentamiento.

3. Contraste de la respuesta a los desafíos con la gravedad de los mismos

Una primera mirada sobre las respuestas con que Duarte busca resolver la terrible crisis del país lleva a la conclusión de que no hay ni siquiera proyectada una verdadera solución y que, por tanto, es del todo improbable que esa solución salga adelante, si no se cambia el enfoque de la situación y se buscan respuestas distintas. La crisis del país es tal que sería imposible resolverla ni siquiera en términos aceptables durante los cinco años de una presidencia, pero con lo ofrecido ni siquiera se empezará a resolver. Ojalá se vea esto con prontitud para cambiar cuanto antes el rumbo.

Antes de pasar al análisis de cada uno de los desafíos para contrastarlos con las respuestas ofrecidas hay que subrayar lo erróneo del diagnóstico. El diagnóstico no es acertado y se pliega mucho más a los análisis de la administración Reagan y del Informe Kissinger que al espíritu y a la letra de Contadora. No tiene nada de propio ni siquiera alcanza aquella independencia y profundidad mínimas sin las que no se puede esperar una solución justa.

Aunque se reconoce el origen histórico-estructural de la crisis salvadoreña, se subordina en la práctica la visión del problema tanto a la coyuntura militar como al enfrentamiento este-oeste. El discurso teórico da más importancia a lo estructural, pero el discurso práctico y la acción dan mayor importancia a lo militar con la cobertura ideológica de que tras lo militar está el poder comunista y la intervención soviético-cubano-nicaragüense. En el fondo se cae así en la contradicción de responder militarmente a un problema fundamentalmente social y se imposibilita la solución del problema social precisamente por el uso de un instrumento que lo agrava. Es posible que en la misma



Los aportes norteamericanos, sin los cuales el avance del FMLN hubiera sido mucho mayor, no son suficientes más que para impedir la derrota de la Fuerza Armada y tal vez con el tiempo para frenar la velocidad del avance militar del FMLN.

contradicción caiga la otra parte, pero esto no obsta a que se reconozca que el diagnóstico es malo.

El diagnóstico es malo, además, porque está hecho desde una perspectiva norteamericana y no desde una perspectiva salvadoreña. ¿No es ya escandalosamente significativo que coincidan tan de lleno los intereses de la gigantesca nación norteamericana con sus más de 12.000 dólares de ingreso per cápita frente a los menos de 400 dólares que corresponden a El Salvador? En todo el problema político-militar salvadoreño se hace un diagnóstico que en sus causas y en sus remedios está subordinado a los intereses norteamericanos. Estados Unidos no quiere problemas en sus fronteras, no quiere que se le aproximen regímenes que no simpatizan con su ideología ni con su modo de dominación; pero, en vez de impedirlo mediante la propiación de un desarrollo económico, social y político, que ha estado en sus manos durante casi un siglo, lo quiere impedir ahora, como lo ha hecho también antes, por la fuerza de las armas. Estados Unidos ha confiado y sigue confiando más en los ejércitos que en los pueblos y busca soluciones que subordinen aquéllos a su favor antes de dejar a los pueblos que busquen soberanamente su propio camino. Le basta con apelar a su seguridad nacional y al peligro comunista para legitimar esta permanente intervención. Pues bien, el diagnóstico real que está tras las respuestas del gobierno Duarte es ese mismo, con diferencias tan sólo verbales y retóricas, que sirven de

sustentación ideológica de la política norteamericana en el área. No se mide en ninguno de los dos casos lo que realmente sería mejor para el pueblo, lo que realmente querría el pueblo, sino lo que sería bueno para la 'democracia,' dando por sentado que sólo hay una forma de democracia y que lo que es bueno para ésta, lo es también para el pueblo salvadoreño, lleno de necesidades y oprimido por injusticias seculares.

Sin embargo, no parece que se ha retirado del diagnóstico el dictamen de que la causa principal de los males estructurales es la oligarquía, aunque no se resalta como antes se hacía, este punto fundamental. Se sigue insistiendo, efectivamente, en la necesidad de cambios estructurales y en la necesidad de mantener las reformas. Indirectamente se alude a lo mismo cuando se habla de que los militares se profesionalicen y se independicen y cuando se propone acabar con los escuadrones de la muerte y con las violencias de la extrema derecha. La retórica ha bajado de tono en este punto y también la urgencia y la profundidad de las medidas, pero todavía se percibe que en la oligarquía hay un problema grave.

Se resalta con fuerza el problema de los derechos humanos por lo que son en sí y por lo que significan para facilitar la democratización y la apertura política. Se reconocen abusos de autoridad y no sólo violencias de las dos extremas. Se reconocen asimismo otros males del país que van desde la extrema gravedad económica hasta la corrupción administrativa y judicial.

El diagnóstico falla gravemente a la hora de medir lo que representa el FDR-FMLN como uno de los factores reales sin el cual no hay solución para la crisis salvadoreña. Se acepta que la situación de injusticia estructural y el cierre de los caminos no violentos pudo ser el origen de este movimiento revolucionario, pero no se acepta ni se comprende su naturaleza y su potencialidad. Se sigue insistiendo en que su fuerza viene principalmente desde fuera del país, de modo que se les supone totalmente dependientes de fuerzas comunistas extranjeras. Se comprende mal la relación que hay entre el FDR y el FMLN, como si el FMLN no fuera una alianza de fuerzas que son fundamentalmente políticas y no meramente militares o como si la alianza supusiera la unión de un frente político y un brazo armado. Se les atribuye, además, permanente engaño y mala voluntad, como si realmente no buscaran el bien del pueblo, no hubieran hecho sacrificios serios y no hubieran mostrado consistencia en su modo de actuar. Se le niega al FDR-FMLN apoyo popular sin hacer un análisis de lo que ha sido ese apoyo, de lo que es y de lo que puede llegar a ser de nuevo. Tampoco aquí el diagnóstico se diferencia mucho del que orienta los juicios y dirige las acciones de la administración Reagan.

Tampoco es correcto el diagnóstico a la hora de valorar el poder real del actual gobierno. Parecería pensarse que estamos

en un país democrático en donde un triunfo en las urnas da no sólo autoridad, sino poder real para conducir los asuntos del Estado. No se percibe adecuadamente la enorme dependencia que el gobierno tiene de Estados Unidos no sólo para conducir la guerra y retrasar el colapso económico, sino incluso para evitar el que la Fuerza Armada, la empresa privada y otros enemigos políticos hagan imposible la tarea de gobernar, cuando no la misma permanencia en el poder.

Visto así a grandes rasgos el error del diagnóstico es más fácil comprender y medir la insuficiencia de las medidas propuestas para resolver los grandes desafíos pendientes.

3.1. El plan militar impuesto, asesorado y conducido por Estados Unidos no llevará al triunfo militar, ni siquiera al cese de la guerra, por un tiempo todavía imprevisible. Esto significa que, si no cambian las circunstancias de la guerra en la línea de una intervención masiva norteamericana, el conflicto se va a prolongar previsiblemente a lo largo de toda la presidencia de Duarte con unos enormes costos en vidas humanas, en deshumanización del pueblo y en destrucción del país. Seguimos tras cuatro años de guerra en la misma alternativa: o se da un salto cualitativo en la conducción de la guerra, lo cual supondría unos costos de todo tipo intensísimos y extensísimos o se sigue en el modo actual de proceder. Es posible que en el primer caso, que supondría la presencia física en la guerra de fuertes contingentes norteamericanos —posibilidad no muy probable dada la opinión pública norteamericana— el FMLN pudiera ser reducido a una actividad menor; pero esta alternativa supondría al interior del país dos males gravísimos: la intervención nefasta de los marines y una destrucción incalculable. De hecho esta posibilidad ha sido rechazada públicamente por Duarte.

Queda como más probable la segunda alternativa. Pero en este caso, la actual correlación de fuerzas entre la FA y el FMLN no posibilita aceptar que en breve tiempo se llegue a ninguna superación del conflicto por la vía militar, antes ha de esperarse un endurecimiento y extensión del mismo, lo cual no sólo es malo en sí mismo, sino que no se ve que conduzca a nada bueno, si no se manejan más medios que los militares. Los avances de la FA no son proporcionales al desarrollo del FMLN y tras cuatro años de guerra no sólo no se ha conseguido desgastar de modo irrecuperable al FMLN, sino que al contrario, la fuerza del FMLN ha ido en aumento desde junio de 1981 en número de efectivos, en organización, en armamento, en ocupación del territorio nacional, en capacidad de golpear a unidades cada vez de mayor tamaño, en potencialidad de sabotaje, en movilidad, en reproducción de su propia fuerza. Los aportes norteamericanos, sin los cuales el avance del FMLN hubiera sido mucho mayor, no son suficientes más que para impedir la derrota de la FA y tal vez con el tiempo para frenar la velocidad del avance militar del FMLN.

3.2. Estando la guerra en ascenso no es posible detener el deterioro de la economía. La guerra se convierte en el elemento principal y la guerra va a consumir los pocos recursos disponibles para un relanzamiento imprescindible de la economía. Pero incluso, si se contara en alguna medida con esos recursos por aportes internacionales, el poder destructor de la guerra sería superior al poder constructor de los planes económicos.

Pero es que, además, el gobierno de Duarte se ha presentado sin un plan económico mínimamente estructurado para responder a las necesidades del país. Los esquemas apuntados hasta ahora no dejan de ser apuntes muy generales del todo insuficientes. No hay un plan de desarrollo con objetivos definidos, con previsiones, con modelos de operativización. Es de esperar que se esté haciendo, pero se está haciendo a la carrera y aun así tardará en hacerse operativo.

Por otro lado, el propio Duarte afirma que la situación económica recibida, es peor de la que esperaba, por lo que ya se admite oficialmente que en todo este año no hay posibilidades financieras para emprender nada nuevo, ni siquiera para cumplir con las obligaciones ya adquiridas. Las promesas de ayuda económica no alcanzan a paliar el déficit no esperado del presupuesto. La empresa privada no ofrece seguridad alguna de que va a lanzarse a nuevas inversiones. Los capitales nacionales han huido ilegalmente del país en cantidades que no se alejan de los 2,000 millones de dólares y no es presumible que regresen.

No hay pues respuesta al desafío económico, que es fundamental para superar la situación del país que dio paso al conflicto, con lo cual las raíces profundas de éste seguirán vivas y operantes.

3.3. Consiguientemente tampoco hay respuesta para la crisis social. Sin recursos económicos las grandes necesidades sociales quedarán insatisfechas. No hay recursos para invertir en salud, en vivienda, en educación, en nuevos puestos de trabajo. El poder adquisitivo de los salarios seguirá bajando. El consumo per cápita que antes de 1979 era bajo, que durante estos cinco años ha bajado, seguirá todavía bajando más. No sólo la pobreza, sino la miseria se irán apoderando de más y más gentes haciéndolas sufrir más en el presente y minando incesantemente su potencialidad de recuperación.

Todo ello va a reflejarse en un creciente descontento popular que, en un primer momento, se va a presentar en forma de huelgas incesantes en busca de subida de sueldos, pero que puede ir a más, no sólo por parte de quienes tienen trabajo y son los menos, sino por parte de quienes no lo tienen y son los más. El gobierno cuenta a su favor con las organizaciones que forman la UPD que sirven de colchón para los conflictos y cuenta también con que la escasez en la oferta de trabajo hace que la protesta se mantenga en límites manejables, pero esto no obsta a que la

La reconstrucción del país y su paso previo, el freno a la destrucción, es el interés nacional fundamental, al cual deben subordinarse cualesquiera otros intereses. Esa reconstrucción no es posible sin la aquiescencia del FMLN-FDR...

situación sea en sí misma explosiva y pueda llegar a salir la fuerza del descontento por hendiduras no previsibles.

3.4. Al desafío de la democratización es la que se le ven mejores perspectivas en la presidencia de Duarte. En este punto confluyen para el bien del país la voluntad del propio presidente, la presión de la opinión pública internacional, especialmente la norteamericana con su influjo importante sobre la administración Reagan y las expectativas del pueblo salvadoreño. En principio, y si no se tuercen los acontecimientos, hay 'necesidad objetiva' de mejorar la imagen democrática y esto es visto así con claridad por Estados Unidos, la Fuerza Armada y el gobierno.

Es, pues, probable que en esta presidencia haya una cierta consolidación del poder civil surgido de las elecciones y asimismo una consolidación de los propios procesos electorales, dos puntos que en sí mismos son importantes sobre todo para el futuro del país. Es probable también que se vaya dando una mejora en el respeto a los derechos humanos: en el período 1982-1984 hubo una clara mejoría respecto del período 1980-1982, aunque todavía los niveles de terror y de violación de los derechos humanos siguen siendo altísimos y escandalosos; es probable que este proceso de mejora siga adelante en los próximos años, siempre que no ponga en dificultades el interés principal de Estados Unidos, Fuerza Armada y gobierno de aniquilar la insurgencia. Se han tomado algunas medidas de saneamiento de la Fuerza Armada, retirando del mando a personas muy connotadas por su relación con la represión. No todas las dificultades están superadas porque el mal es profundo y extenso, pero no obstante se ha abierto un proceso que no se ha quedado en meras palabras.

3.5. En el desafío geo-político todo queda en manos de la administración Reagan. El Salvador se encuentra aquí con que todos los países centroamericanos, excepto Nicaragua, están en la órbita norteamericana y presos de los dictados de Estados Unidos con cadenas económicas y/o cadenas de defensa. Ni Honduras, ni Costa Rica, ni Guatemala están en condiciones de hacer una política regional independiente y no sometida a los intereses de seguridad nacional de Estados Unidos. Una cosa son las declaraciones verbales de independencia y otra son los hechos. A poco que se mire de cerca todos los países centroamericanos, en distinto modo y grado, se van conformando al patrón diseñado para el área por la administración Reagan, que no desea tener nuevos disgustos como el de Nicaragua.

Tras ese análisis puede concluirse que es posible esperar algunos resultados importantes de la presidencia de Duarte, pero

de ningún modo la solución al problema del país, a no ser que se introduzcan nuevos elementos esenciales en su plan y en sus posibilidades de gobierno. Areas de mejoramiento podrán ser los derechos humanos, la institucionalidad democrática sobre todo en los procesos electorales y en un cierto robustecimiento del poder civil sobre otras fuerzas del Estado y de la sociedad, la mejora de la imagen dentro y fuera del país, cierto control y debilitamiento de la oligarquía, alguna apertura política y social y la no derrota militar a manos del FMLN. Pero los dos grandes problemas, el de la guerra y el de la economía, seguirán empeorando y con ellos todos los demás problemas que están en tan estrecha relación con ellos. Tal vez el poco probable cambio en Estados Unidos de una administración demócrata en lugar de la republicana podría abrir un poco más el horizonte.

Pero con este análisis y pronóstico tan sombrío, en especial para las mayorías populares, sobre las que pesan en gran medida los costos del proceso, no queremos decir que no se puede hacer algo, que el gobierno de Duarte no pueda y deba hacer algo para empezar a encontrar y a recorrer caminos de solución. Es lo que queremos apuntar en el resto del editorial.

4. La necesidad de ampliar políticamente el pacto social

Duarte ha hecho elemento esencial de su gobierno el pacto social. Quisiera ser el gobernante de todos los salvadoreños para todos los salvadoreños. Es lo que suelen decir los gobernantes triunfadores. ¿Cómo lograrlo?

Ante todo, hay que decir que Duarte y su gobierno son de momento parte insustituible en la solución de la crisis. Su triunfo en unas elecciones muy concurridas y realizadas sin fraude, aunque con las severas limitaciones que ECA analizó en su número anterior, lo han convertido no sólo en el gobernante de hecho, sino en el gobernante legítimamente respaldado por una mayoría significativa. Es, además, la solución respaldada por Estados Unidos y también por la Fuerza Armada. Ni siquiera la gran empresa privada y sus antiguos enemigos políticos están de momento dispuestos a obstaculizar su mandato. Cuenta también con un partido y con una base social que tienen cierta solidez al confiar que es posible una solución intermedia entre la que proporcionen los revolucionarios y la que propone el gran capital salvadoreño. Lo menos que puede decirse es que Duarte representa de momento la voluntad de una buena parte de la población y que cuenta con poderes y con alguna capacidad de maniobra que eslería obtuso negar.

Pero así como puede afirmarse que sin Duarte y lo que Duarte hoy día representa no se puede gobernar el país, hay que afirmar también que sin la aquiescencia del FMLN que es una parte importantísima del conflicto no es posible encontrar la so-

lución de los problemas reales que están tras la apariencia del conflicto. Sin el FMLN no hay solución, lo cual no significa necesariamente que el FMLN deba entrar ya a formar parte del poder del Estado.

Hemos repetido muchas veces esta tesis de que sin el FMLN no hay solución, una vez desatado ya el problema. No vamos a extendernos en probarla, pero sí es menester recordar brevemente por qué es esto así. En primer lugar, el FMLN está en capacidad de continuar la guerra y profundizarla así como de impedir directa e indirectamente el desarrollo económico del país; ésta es una realidad comprobada al menos desde 1979 tanto en lo militar como en lo económico, aunque menos en lo político y en lo social, y no hay razón alguna probable para pensar que esto pueda cambiar sustancialmente en los próximos años, no obstante la posibilidad de que la maniobra política del gobierno pueda desgastar su base social. En segundo lugar, el FDR-FMLN está sustentado originariamente y aun actualmente por la profunda problemática real del país, a la cual en buena parte representa así como a unas fuerzas sociales cuyos intereses objetivos defiende, todo lo cual hace necesaria su participación no excluyente en la solución del país; el FMLN-FDR ha sido la fuerza más consistente en enfrentar la injusticia estructural levantándose contra las fuerzas responsables de la misma y haciendo de la superación de esa injusticia su bandera principal, lo cual le ha causado a él y a su base social enormes sacrificios, pues en esa base social hay que situar a la inmensa mayor parte de los 50.000 asesinados en el país; igualmente puede decirse que sin el FMLN-FDR no es presumible que se hubiera constituido en problema nacional la superación de la injusticia estructural y sin él no es pensable que se hubieran hecho concesiones, como las que se han hecho en el campo de las reformas estructurales.

Podrá discutirse si todo esto es sólo un hecho o es un derecho, si es y ha sido un bien o un mal. Pero es un hecho y los políticos no pueden desconocer los hechos, so pena de ser o unos dictadores totalitaristas o unos fracasados.

Podemos plantear entonces el problema en estos términos. La reconstrucción del país, y su paso previo, el freno a la destrucción, es el interés nacional fundamental, al que deban subordinarse cualesquiera otros intereses. Ahora bien, esa reconstrucción no es posible sin la aquiescencia del FMLN-FDR. Luego es necesario llegar cuanto antes a esa aquiescencia.

Vayamos con la premisa mayor. Independientemente de toda ulterior elaboración ideológica y política hay un hecho primario: la necesidad de comenzar cuanto antes la reconstrucción del país, para lo cual se necesita asimismo terminar cuanto antes con la destrucción de la guerra y de lo que trae consigo la guerra. Si esta tarea se imposibilita o se la retrasa indefinidamente, no habrá modo de satisfacer las necesidades básicas de la población

ni en los próximos años ni presumiblemente en todo el siglo. Todo otro propósito como es el rechazo o el advenimiento de una sociedad socialista, los valores de la civilización y de la democracia occidentales o los valores de una nueva civilización y democracia, la seguridad nacional de Estados Unidos o el peligro que se ponga esa seguridad por el expansionismo soviético... todos esos ideales o ideologizaciones, según los casos, no son más que fantasmas irreales, si no se dan las mínimas condiciones materiales y sociales para que tomen cuerpo. Si por llevar adelante la propia concepción o los intereses propios se acaba objetivamente con la vida de una gran parte de la población y se hipoteca el futuro de manera insalvable, se está realmente contra el pueblo.

La premisa menor no hace sino recoger lo que venimos diciendo. Pudiera decirse que se puede acabar por la fuerza con el FMLN y que eso es lo más conveniente; tal hipótesis no parece plausible de hecho ni aceptable de derecho. Por eso ha de buscarse al menos una aquiescencia del FMLN por lo que su posición tiene de derecho y, si no se admite ese derecho, por lo que su posición tiene de efectividad, de necesidad histórica.

De ahí la premura por encontrar el arreglo. No podemos pasar otros cinco años de destrucción y de muerte para tras ellos volver a hacer el mismo planteamiento. Decir que ceda en todo el FMLN es un decir inútil, decir que ceda en todo el gobierno es también un inútil decir. No hay, pues, más salida racional que la de buscar un pacto político.



Un referendum nacional o su equivalente resolvería la cuestión de si el pueblo quiere o no quiere negociación. El problema es de tal importancia que bien amerita una forma excepcional de participación popular.

El pacto político tiene riesgos, pero mayores riesgos los tiene el no intentarlo. Puede traer males más o menos probables frente a los males ciertos que ahora estamos soportando; males menos graves que los que ahora se abaten sobre la mayoría del pueblo salvadoreño. El pueblo salvadoreño está hoy cautivo del hambre, de la miseria y del peor de todos los males, de la muerte a destiempo. Ni el camino del FMLN ni el camino del gobierno llevan en un tiempo razonablemente previsible a poder terminar con esa cautividad, a poder terminar con tanto mal. Esos riesgos son para unos caer en un totalitarismo marxista y esos riesgos son para otros echar a perder todo el trabajo y sufrimiento y volver a caer en un totalitarismo capitalista que no de al pueblo lo que es del pueblo; pero esos riesgos pueden superarse, si es que en el pacto político se asegura hasta donde sea posible el evitar caer antes o después en uno de los dos riesgos. El pacto político es uno de los pocos caminos que todavía no se han emprendido, a pesar de que sus riesgos son menores que el que comporta el camino actual. Añadiría un cierto reconocimiento del FMLN-FDR que ya se ha dado de múltiples formas no sólo por parte del gobierno y de las fuerzas internacionales, sino por parte de la conciencia colectiva nacional, que siente todos los días su presencia y su fuerza, sean de su agrado o no lo sean. Por otro lado, el intento de buscar un pacto político, un intento honesto y sincero, puede ser suspendido, al menos el mecanismo por el que se ha buscado, si es que se muestra como inoperante o como contraproducente.

5. La viabilidad de un pacto político nuevo

Hasta ahora ninguna de las partes principales en el conflicto parece ponerse de acuerdo en el mecanismo de acercamiento a una solución política del conflicto. El gobierno habla de recurrir al proceso electoral, el FMLN-FDR habla de recurrir a un proceso de negociación. Los argumentos del gobierno son que las elecciones constituyen la única solución que respeta la voluntad popular y que, por tanto hay que ir a ellas; a lo más ofrecen garantías para una participación política de quienes abandonen las armas e incluso admiten un diálogo con ellos sobre el modo de su participación en las elecciones. En esto coinciden Duarte y D'Aubuisson así como la administración Reagan. Las fuerzas más extremistas del país incluso ponen reparos a esta salida y piensan que lo mejor es acabar de una vez por todas con los revolucionarios por la fuerza de las armas. Los argumentos del FMLN-FDR son que no es posible abandonar las armas porque sería dar la espalda a un trabajo de muchos años, a unos sacrificios ingentes pedidos al pueblo y sería quedar en desventaja al ir

Aunque la clase política se polarizara, el buen sentido de la mayor parte del pueblo bien informado y orientado, acabaría acertando con la solución mejor.

indefensos e impreparados al campo adversario; al mismo tiempo se consideran un poder fáctico principal, capaz de conseguir el poder por la lucha armada, si no intervinieran fuerzas extranjeras; finalmente se consideran un poder legítimo por la causa que defienden y por lo que ha hecho hasta ahora.

Estamos, pues, ante dos posiciones inconciliables de momento. Lo importante, en consecuencia, dada la gravedad y urgencia del caso es arbitrar modos de acercar políticamente esas dos posiciones. Caben diversas maneras de hacerlo. Pero todas ellos debieran ir respaldadas por la voluntad popular, por lo que quiera la mayor parte de la población, una vez que esté bien informada.

Un modo de lograr esto es a través de un referendun nacional o, al menos, un equivalente de referendun nacional. Se dice que no se puede negociar de espaldas al pueblo. Pues bien, hay maneras de negociar no de espaldas al pueblo, primero sabiendo si el pueblo quiere negociación y segundo informando adecuadamente al pueblo acerca de la misma, antes, en y después de ser realizada. Lo esencial aquí no es que sea un referendun nacional, sino que la voluntad popular, a ser posible sin intermediarios partidistas, legitime el proceso negociador. ¿Quiere realmente la mayor parte del pueblo, si se le informa bien, que se intente el camino de la negociación? Nuestras encuestas responden afirmativamente. Pero más allá de las encuestas es menester despertar la conciencia colectiva para que la mayor parte del pueblo, las distintas organizaciones e instituciones, impulsen y presionen a favor de una solución en la que participen y estén de acuerdo las dos partes en conflicto.

Un referendun nacional o su equivalente resolvería la cuestión de si el pueblo quiere o no quiere negociación. El problema es de tal importancia que bien amerita una forma excepcional de participación popular. El evento electoral último no excluye ni real ni legalmente la posibilidad de un referendun, ni lo excluye tampoco el orden constitucional. Por otra parte, el país está estancado políticamente respecto del punto clave de la pacificación y reconstrucción y necesita salir de él cuanto antes sin dar la espalda al pueblo o dejar la decisión en intermediarios, por más que estos hayan sido elegidos. Coincidiendo ambas partes en que no se puede decidir de espaldas al pueblo, el referendun ofrecería la posibilidad de hacerlo sin caer en las dificultades del proceso electoral y sin tener que aceptar condiciones inaceptables para cualquiera de las dos partes: no exigiría el abandono de las armas por parte del FMLN, aunque pudiera exigir un cese del fuego y del sabotaje durante un tiempo prudencial, al que la Fuerza Armada correspondería también con una tregua; pero tampoco exigiría la participación directa en el poder del FMLN, condición que éste pone para ir a unas elecciones.

Toda una serie de ventajas podría tener una consulta de este



Poco es lo que pueden Duarte y su gobierno por sí solos. Casi nada si tienen que ir contra corriente. No es probable que tomen medidas audaces antes de consolidar el gobierno y esto no ocurrirá pronto.

tipo. Supondría un avance significativo en la superación del gran cisma nacional, si es que su preparación y ejecución se hicieran con altura cívica; aunque la clase política se polarizara, el buen sentido de la mayor parte del pueblo bien informado y orientado, acabaría acertando con la solución mejor. Permitiría al FMLN-FDR acercarse de una manera normal a la opinión pública para presentar sin distorsiones su propuesta de solución nacional con lo cual podrían deshacerse falsas imágenes que hacen hoy muy difícil la comprensión de sus posiciones. Obligaría al FMLN-FDR, en caso de un no, si es que el referendum se diera en condiciones aceptadas por ellos, a buscar otra solución política distinta de la negociación. Legitimaría al gobierno de una manera explícita tanto para afrontar las negociaciones como para rechazarlas, según el resultado del referendum. El riesgo para ambas partes no sería muy grande por el hecho de tenerlo, aunque los resultados obligarían a tomar pasos realmente nuevos. El referendum, por otra parte, permitiría hacerse presente en un problema de primera magnitud a las fuerzas sociales que no están encuadradas en partidos políticos ni están tras éstos; se trata de un problema tan importante que desborda la capacidad de los políticos y al cual deben contribuir directamente todos cuantos están preocupados por el destino del pueblo y del país.

Evidentemente para que el referendun tuviera credibilidad y validez sería necesario que se dieran ciertas condiciones mínimas. La fundamental es dar la posibilidad de que ambas partes en conflicto y las demás fuerzas nacionales pudieran de modo equitativo y seguro hacer saber al pueblo las ventajas y desventajas que se vieran en la afirmación o en la negación del proceso negociador. Para ello las dos partes en conflicto debieran ponerse de acuerdo en un diálogo previo sobre la formulación de la pregunta, sobre las condiciones del proceso y sobre la voluntad de aceptar los resultados. Tendría que darse una reglamentación adecuada que determinara las condiciones previas, la propaganda, el órgano responsable del referendun, el modo de realizarlo tanto en la emisión del voto como en su recuento, etc.

Aunque no se llegara a un acuerdo con el FMLN-FDR sobre un referendun nacional estrictamente entendido, el gobierno, los partidos, las distintas fuerzas sociales estarían en la obligación de cerciorarse objetivamente si es realmente la voluntad popular que haya algún modo de negociación a partir de unos diálogos previos. Quizá para esto no se necesite un referendun. Pero para saberlo no se puede dar la espalda al pueblo y dar la cara a la Casa Blanca o a la extrema derecha.

Si la respuesta en esta consulta popular fuera afirmativa, se estaría en condiciones de ampliar el pacto social y de lograr que el FMLN-FDR entrara a contribuir a la solución de los grandes desafíos nacionales desde una perspectiva realmente nacionalista, que ayudara a recobrar la soberanía nacional. Tal vez haya que esperar a la próxima elección de diputados a comienzos del año próximo, si es que en esa elección algún partido tuviera el coraje de tomar una posición definida sobre el problema de la negociación. Sería ya un retraso serio en la solución de la crisis no justificable por intereses partidistas. Pero de todos modos habría que ir haciendo camino al andar, al andar en busca de nuevas soluciones a los gravísimos problemas que siguen estancados o en proceso de empeoramiento.

Esta nueva forma de andar en busca de resolver el conflicto y de favorecer el pacto político y la reconciliación nacional debiera suponer los siguientes pasos entre otros.

Ante todo, un progreso rápido y eficiente en el respeto de los derechos humanos. Supondría esto el cese de todo tipo de represión y no meramente la sustitución de las formas más brutas de represión por otras más sofisticadas. Ello implica, como se ha prometido y en parte se ha comenzado a realizar, el dismantelamiento de la estructura represiva y el castigo de los manifiesta y gravemente culpables del horroroso pasado; implica un total control de los grupos paramilitares y de los escuadrones de la muerte; implica una mejora constante de los cuerpos de seguridad. Todavía en el orden de la represión, se requiere no sólo

Por supuesto, no se puede dar la espalda al pueblo, pero tampoco se puede vivir de cara a la Casa Blanca o a la extrema derecha.

no hostigar el movimiento sindical, sino respetarlo y promoverlo, no tratando de impedir violentamente manifestaciones de lucha que son legales y no violentas. Igualmente hay que abolir cuanto antes todas las disposiciones legales que coartan las libertades públicas y que facultan a los cuerpos de seguridad a tomar medidas que no garantizan los derechos humanos de los detenidos. Terminada la represión, todavía queda todo el campo positivo de propiciar los derechos humanos, que hoy son pura teoría para la mayor parte del pueblo salvadoreño.

Igualmente importante es el buscar la humanización de la guerra mientras no se logre terminar con ella. La humanización de la guerra, sometida al menos a los convenios internacionales sobre ella, no sólo favorecerá a la población civil, a los heridos y prisioneros, sino que posibilitará poco a poco el respeto mutuo y acercará la posibilidad de un diálogo, que ya se ha dado mediata e indirectamente en favor de presos y heridos, pero que puede extenderse a otros puntos.

Son necesarias otras muchas medidas para paliar el desastre nacional. Medidas en lo económico, sobre todo, en las cuales ahora no podemos entrar. Pero en orden a ampliar el pacto social es necesario generar una verdadera y profunda apertura política, en razón de la cual puedan hacerse presentes a la opinión pública y a la voluntad popular nuevas alternativas. Desde este punto de vista supondría un gran avance no sólo permitir, sino favorecer positivamente la vuelta de tantos académicos, hombres de Iglesia, profesionales, sindicalistas, que se vieron obligados a salir por la bárbara represión de años atrás; antes incluso de que entren los políticos disidentes de la Democracia Cristiana, por ejemplo, y de los políticos del FDR, que son aceptados con gusto en cualquier país democrático menos en el suyo propio, sería bueno que fuesen entrando tantos salvadoreños, cuya falta se nota a la hora de buscar talentos capaces de servir al pueblo y de llenar necesidades imperiosas del país. Mucho se facilitará este regreso si se acaba con la represión y se acaba con los secuestros, pero hay que fomentarlo positivamente. Y aunque la mayor parte de esta gente no necesita de amnistía alguna porque no tiene delito alguno, también sería oportuna una amplia amnistía, que enriqueciese a la nación y favoreciese la comprensión y la reconciliación.

Poco es lo que puede Duarte y su gobierno por sí solos. Casi nada si tienen que ir contra corriente. No es probable de que antes de que se consolide su gobierno y esto no se ve que ocurra pronto, tome medidas audaces. Su mayor proximidad ideológica con la derecha y con la administración Reagan así como su falta de poder real hacen improbable que pueda hacer algo serio



y razonable en favor de una solución a los grandes desafíos que tiene planteados hoy El Salvador y que se anudan actualmente en torno al núcleo del conflicto armado. Pero si este no se resuelve El Salvador no tiene solución con Duarte, a lo más tendrán solución algunos de sus problemas marginales.